

De Patricio, Germán, *Quevedo, personaje de ficción: icono colectivo. Recepción diacrónica del símbolo de nuestra frustración política*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2020, 265 pp. (ISBN: 978-1-58871-344-5)

No cabe duda de que la figura del autor constituye —antaño y hoy— un elemento crucial en la recepción de una obra literaria, a pesar del acta de defunción que la teoría literaria del siglo xx levantó en su contra. Para bien o para mal, la construcción histórica que se hace de un escritor incide, en mayor o menor medida, en la valoración de sus textos, en su posicionamiento dentro del canon y en la efectiva difusión de su obra. Ciertamente esa construcción autoral puede variar a través del tiempo, y tanto más lo hará cuanto más lejano se sitúe el período en el que vivió y escribió el creador. Y es que cada época y cada sociedad recibe y resignifica la obra y la biografía que hay detrás de esa obra de modo diferente, en virtud de los anhelos, temores y creencias que marcan su particular tesitura histórica. Aquella imagen cambiante de los autores se articula a veces con mesura, ponderación y rigor documental, pero otras —las más— con injusticia, interés y desinformación. La situación de la pléyade de escritores áureos es variopinta, y va desde la injustificada e inexacta visión lúgubre de Calderón —que lamentablemente persiste en el imaginario colectivo—, a la tergiversación anacrónica de sor Juana Inés, por ejemplo. El caso de Quevedo es complejo y sumamente interesante, primero porque aparece constantemente atravesada por esa conocida contradicción vital de «hombre de Dios y hombre del diablo», y segundo, debido a que la figura del autor del *Buscón* se mueve, tanto en el siglo xvii como en la posteridad, en ámbitos que exceden el terreno estrictamente literario, desplazándose hacia los campos de la política o la historia de España. El trabajo de Germán de Patricio justamente se dedica a examinar en detalle las transformaciones a las que ha sido sometida la efigie histórica de Quevedo a partir del estudio de un numeroso corpus de textos heterogéneos —desde novelas hasta libros de chistes—.

La publicación se organiza en tres secciones de desigual extensión. En la primera y más voluminosa, De Patricio analiza la nada despreciable suma de cincuenta obras literarias, audiovisuales y periodísticas en las que se reflexiona, refiere o ficcionaliza la imagen de Quevedo. El capítulo, pues, parte abordando textos auriseculares coetáneos a la vida de don Francisco —como la comedia de Juan de Jáuregui *El retraído*, de 1635—, y termina con una somera revisión de referencias quevedianas (citas, menciones, cómics, etc.) en periódicos publicados entre finales de la década de 1990 y los últimos años de 2010. Como se aprecia, el arco temporal que abarca el estudio es amplísimo, como así lo es también la variedad de géneros literarios y modalidades de productos culturales que repasa De Patricio.

Uno de los aspectos que más destaca en este apartado —titulado precisamente «Quevedo como personaje»— es la paulatina configuración de la biografía del escritor, con las inevitables y conocidas leyendas apócrifas que se fueron tejiendo en torno a su vida —su participación en la conjura de Venecia, sus amores, las razones de su encarcelamiento, las espuelas de oro, etc.—, que con posterioridad, ya en el siglo XIX, serán la delicia y la materia prima de dramas pseudohistóricos y disparatados folletines. De Patricio, muy acertadamente, presta especial atención al texto biográfico *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas* (1663), compuesto por el abad napolitano Pablo Antonio de Tarsia, que, como bien señala el estudioso, constituye, en realidad, menos una biografía que una hagiografía, puesto que Tarsia «dibuja un personaje de ficción, en contradicción flagrante con documentos fiables» y «describe la vida de un santo, negando todas las evidencias y no dejando la menor fisura de humanidad carnal en su relato», formando, así, «un retrato de todo punto inverosímil» (pp. 21-23). La *Vida* de Tarsia es insoslayable debido a que «contribuye de forma esencial a la construcción del Quevedo personaje» y «es la fuente de casi todas las leyendas falsas que se repetirán hasta nuestros días» (p. 21). De Patricio enumera y detalla aquellos mitos quevedianos salidos de la pluma de Tarsia, cuestión que resulta de enorme utilidad ya que, como apuntaba el estudioso, estos motivos ficticios sobre el escritor se irán reiterando una y otra vez —con variantes e innovaciones— en las obras que recrean la trayectoria vital de Quevedo.

De tal modo, De Patricio va describiendo, analizando y ponderando la calidad literaria de aquellos textos que, de una u otra forma, retoman y reinventan la silueta del autor de los *Sueños*. Desfilan, pues, en este primer capítulo obras de gran interés para la recepción quevediana, como, por ejemplo, la novela inglesa de Joseph Hall *The Travels of don Francisco de Quevedo through Terra Australis Incognita* (1684); varios dramas románticos decimonónicos —como *Don Francisco de Quevedo* (1848), de Eulogio Florentino Sanz o *La pluma y la espada* (1856), de Luis Mariano de Larra, por mencionar dos destacados—; cuantiosos folletines y novelas históricas, también del siglo XIX, que exprimen hasta el hartazgo las fantasiosas leyendas tarsianas; y obras contemporáneas de escritores de diverso valor —desde *El caballero de las espuelas de oro* (1964), de Alejandro Casona, hasta la saga de *Las aventuras del capitán Alariste* (1996-2011), de Arturo Pérez-Reverte—. A través de la revisión de estos textos se puede ir observando la progresiva evolución de la imagen de Quevedo y su instalación como icono colectivo, que pasa de satírico por antonomasia durante el siglo XVIII, a galán de capa y espada o misógino irredento en la centuria siguiente, hasta por último ir perfilándose, ya de lleno en el XX y XXI como un «arquetipo icónico de la frustración política» de España (p. 211). De Patricio insiste en este punto de llegada, ya que es en esa visión eminentemente política del poeta en la que reside la especificidad de su construcción histórica, la cual, además, lo distingue notablemente de otros escritores o artistas

del Siglo de Oro. Aquí, en parte, se encuentra la tesis que plantea la investigación del estudioso, que concluye la publicación señalando:

Quizá lo que nutra la especial querencia del pueblo por Quevedo sea precisamente que en nuestro modelo simbólico se produce una ruptura de la expectativa [...] el cosmos hispánico es un universo donde la expectativa simbólica siempre se ve truncada por la calamidad histórica; el héroe maldito, el héroe incomprendido, el héroe injustamente maltratado [...] Desde 1635 hasta 2017, Francisco de Quevedo no ha dejado nunca de encarnar un prototipo de desdichada mala suerte histórica, de despiadada traición pública: un mundo donde el talento es envidiado y perseguido, unas autoridades que encarcelan a los héroes y premian a los traidores, un pueblo noble que sufre y soporta el desgobierno de los inútiles; un mundo al revés. En resumen: la esencia medular de la injusticia y la frustración política hispánica (p. 256).

Los dos siguientes apartados —«Quevedo en los libros de texto» y «Quevedo y los chistes»— son considerablemente menos extensos que el capítulo primero, y bastante más esquemáticos. En ellos, De Patricio se aproxima, como adelantan sus títulos, a «cómo el canon académico ha ido presentando a nuestro escritor a lo largo del tiempo en las escuelas e institutos de España» (p. 233), por un lado, y por otro, a la presencia de Quevedo en cuadernillos y misceláneas del género de los chistes y bromas, que «representan el estrato más bajo de la afición popular por el poeta, en una extensa subcultura sin orden ni concierto» (p. 247). En ambas secciones puede verse de qué manera aquella configuración de la imagen de Quevedo descrita en el capítulo inicial influye, a veces decisivamente, en la posición del escritor dentro del canon oficial, la interpretación escolar de su obra y la visión de su figura en la cultura masiva extraliteraria. Para lo anterior, De Patricio desmenuza veinticinco manuales e historias de la literatura española editados en la península desde la primera ley de enseñanza pública (1856) hasta la promulgación de la primera ley educativa tras la Transición (1990); y comenta cerca de una docena de libros de chistes impresos entre los siglos XIX y XXI, tanto en España como en Latinoamérica.

En definitiva, mediante una mirada temporalmente dilatada y una perspectiva diacrónica, la publicación de Germán de Patricio supone una significativa aportación al estudio de la recepción de la obra quevediana, que puede servir para futuras investigaciones en esta línea. El libro muestra, también, la inagotable predilección de la creación literaria por ficcionalizar a los grandes autores —en este caso, del Siglo de Oro— por medio de una fabulación que muchas veces tergiversa, cuando no contradice, las certezas históricas que ha ido acopiando la crítica académica; y, en fin, el estudio reafirma la relevancia de Francisco de Quevedo como un símbolo e icono de asombrosa actualidad y vigencia.

Ariel NÚÑEZ SEPÚLVEDA
GRISO, Universidad de Navarra